EL HOMBRE DE SASKATCHEWAN

Jacques Poulin

*Denise Cliche y Pierre Filion me han hecho el favor
de seguir paso a paso el desarrollo de esta historia.*

J. P.

« Todos los Métis son nuestros hermanos,
y nosotros somos todos Métis. »

(Autor desconocido)

EL ESCRITOR FANTASMA

— Tengo una noticia rara que contarte —dijo Jack.

Me señaló la silla de respaldo recto ubicada entre la entrada y la cocina. Me senté sin decir nada. Mi hermano, con las manos en la espalda, recorría la sala a pasos largos. Me había llamado por teléfono: debía subir a su departamento en el piso doce, era urgente.

Se detuvo frente a su biblioteca y abrió su *Petit Larousse*.

— ¿Sabes lo que es un «negro» en literatura?

Inmediatamente, leyó la definición del diccionario:

Persona que prepara o redacta anónimamente, para alguien que lo firma, un trabajo literario, artístico o científico.

Luego se lanzó a una explicación larga y confusa. Logré entender que había aceptado ser el «negro» de alguien.

— Prefiero la palabra «fantasma» —dije.

— Yo también.

— ¿Por qué aceptaste este trabajo?

— Acababa de terminar mi novela, así que estaba en un período de sequía creativa. ¿Entiendes?

— Claro.

— Pero ya no es el caso.

— ¿Ah, no?

— No. De repente, surgió un nuevo proyecto de novela.

Mi hermano cerró el diccionario. Me miraba de reojo y empecé a sospechar lo que se avecinaba.

— ¿Y entonces?

— La nueva idea llegó en la noche. No me lo esperaba para nada. Normalmente, después de una novela, uno queda completamente vacío. Y, al mismo tiempo, la mente se llena de palabras sin valor. Es el eco de la historia que acabas de terminar. ¿Entiendes?

— Sí —dije, con un dejo de impaciencia.

A veces, parecía que Jack me trataba como a un deficiente mental solo por ser su hermano menor.

— En un período de sequía, hay que dejar pasar el tiempo. Un buen día, descubres debilidades en el libro que acaba de publicarse. Lo empiezas a odiar, quieres escribir una historia mejor. Una novela que dejará a todos boquiabiertos.

— Ya me lo has explicado varias veces —dije, intentando mantener la calma.

— Perdón.

— ¿A qué quieres llegar exactamente?

— Es simple. El proyecto de novela llegó sin avisar, así que me arrepiento de haber aceptado ser el «negro», digo, el fantasma.

— Dile a esa persona que no tienes tiempo de escribir por ella. Dile que debes escribir una novela: es la verdad.

— ¡Imposible!

— ¿Por qué?

— El contrato está firmado. Éramos tres: un editor, un jugador de hockey y yo.

— Espera un momento... ¿Qué te comprometiste a hacer exactamente?

— A escribir la vida del jugador de hockey, como si estuviera en sus zapatos.

Sorprendido, me quedé mudo diez segundos. Luego pregunté:

— ¿Es un jugador conocido?

— Por ahora está en la Liga Americana, pero podría jugar para el Grand Club en otoño.

— ¿Qué posición?

— Portero.

— ¿No me dirás su nombre?

— Sí, te lo diré. Se llama Isidore Dumont. Pero hay que tomar precauciones por el contrato, ¿entiendes?

Como mi hermano estaba de espaldas a la puerta-ventana del balcón, su rostro estaba a contraluz. Aun así, vi que tenía el ceño fruncido y se mordía los labios.

— Si entiendo bien —dije—, me vas a endosar el trabajo de escritor fantasma. ¿Es eso?

— Sí.

— ¿Estás enfermo? ¡Mi trabajo es la lectura! ¡No sé cómo escribir un libro!

— Te ayudaré.

— Vas demasiado rápido. Espera un minuto.

Aunque solo soy el hermano menor, he aprendido a defenderme. Primero, tenía un montón de preguntas en la cabeza y necesitaba poner orden en todo.

— ¿Qué le pasa a ese jugador de hockey que quiere que escriban la historia de su vida? ¿Tiene razones especiales?

— La cuestión del francés le importa mucho: quiere que el Grand Club esté compuesto principalmente por jugadores francófonos. Es muy agresivo con la dirección de la Liga Nacional.

— ¿Por qué?

— Es un mestizo. Nació en Batoche, Saskatchewan.

El nombre de Batoche me sonaba familiar.

Jack continuó:

— Al menos, eso es lo que cuenta en la primera cinta.

— ¿Ah, sí? ¿Hay cintas?

— ¿No te lo había dicho? Perdón. Hay una decena.

— ¿Grabaste diez cintas?

— Sí. Luego, llegó el proyecto de novela.

— Entonces pensaste: «Voy a llamar al hermano menor y él hará de negro por mí».

Jack esbozó una sonrisa forzada. Fue a la entrada, abrió el armario y sacó una caja de cartón que puso sobre mis rodillas. Decía «Made in Canada» y «Fragile».

— Es mi grabadora. Es vieja, pero funciona muy bien. Las cintas están numeradas, no tendrás problemas.

— ¡Pero ya te lo dije: no sé escribir!

— Eso se aprende. Te prestaré un libro.

— ¿Qué libro?

— *Conversaciones con Ernest Hemingway*, ahí Hemingway habla sobre la escritura.

— Muy amable de tu parte —dije con ironía.

— Además, serás tú quien cobrará.

— ¡Eso sí que es generoso!

— Y luego, la Gran Saltamontes te ayudará.

— ¿Quién?

— ¡La Gran Saltamontes! La chica que hizo la Ruta de Oregón conmigo y que se quedó en San Francisco. Me explicó por teléfono que traía el viejo Volks a Quebec.

— ¿Y?

— También es mestiza. Está de acuerdo en desviarse por Saskatchewan.

LA ORQUÍDEA

Mi vida se complicaba.

Hasta entonces, mi trabajo de «lector a domicilio» me había permitido llevar una existencia tranquila e incluso entretenida, pues las personas con las que concertaba citas a veces eran fuera de lo común.

El único problema grave que había tenido, en resumen, ocurrió dos años antes. Una mañana, mientras me duchaba, noté que había dos o tres protuberancias en una de mis «nueces» —la derecha. No empecé a preocuparme de inmediato: tenía que visitar a un hombre de solo treinta y cinco años que quería quitarse la vida porque su esposa se había ido con los niños. Le estaba leyendo *El viaje de Eladio*, de Hubert Mingarelli.

Eladio es un anciano que vive en una pequeña casa detrás de la de su patrón, en un valle muy aislado, en algún lugar de América Central. Al mediodía, ve llegar a un grupo de guerrilleros. El líder del grupo entra en la casa del patrón —que está ausente— y le roba sus botas porque las suyas están muy gastadas. Eladio interviene, protesta, pero lo noquean con la culata de un fusil. Cuando recupera el conocimiento, se pone en camino para alcanzar a los bandidos y recuperar las botas de su patrón. Como es muy viejo, todo se vuelve difícil: caminar a paso rápido, subir una colina, encontrar comida y bebida, dormir a la intemperie, intentar calentarse. Pero su valor nunca flaquea.

En principio, mis sesiones no superan la hora. Durante mi segunda visita, prolongué la lectura unos veinte minutos, esperando con todo mi corazón que el ejemplo de Eladio convenciera a mi oyente de abandonar su siniestro proyecto. Y el dolor, en el lugar del que hablé, apareció de repente, punzante, justo cuando cerraba el libro.

En la Clínica de la Alta Ciudad, el médico me recetó una ecografía. El examen mostró la necesidad de hacer una biopsia, se-

guida de un período de espera insoportable, opiniones contradictorias y decisiones desgarradoras. Era como una hoja seca arrastrada por un torrente. Mi vida se me escapaba de las manos.

Terminé frente a un joven especialista que había estudiado en el extranjero. Me anunció que me sometería a una orquidectomía.

No tenía nada que temer, decía sonriendo, porque la orquídea era su flor favorita. Me propuso una intervención aún experimental. La «nuez» cancerosa sería reemplazada por una prótesis del mismo tamaño, a la que se fijaría un chip electrónico. Usaba indistintamente las palabras «chip», «estimulador» u otro término que olvidé. El chip servía para activar los músculos erectores. ¿Cómo funcionaba este mecanismo? Nadie se tomó la molestia de explicármelo. En cambio, me mostraron lo que debía hacer para ponerlo en marcha. Una sicóloga se encargó de enseñármelo.

Esta mujer, que trabajaba en conjunto con el especialista, me explicó que mi cerebro era capaz de activar el chip electrónico por sí mismo: solo había que condicionarlo, como al perro de Pavlov.

Para lograrlo, debían tener en cuenta mi trabajo como lector. Así que memoricé, en mis libros, media docena de pasajes eróticos. La sicóloga usó métodos comunes, como la persuasión, la repetición y, a veces, el hipnotismo. Después de unos meses, este trabajo resultó muy eficaz. Tan pronto como me concentraba en uno de los textos elegidos, el sistema empezaba a funcionar.

El resultado podía variar del 1 al 5. Por ejemplo, si me concentraba en una de las escenas amorosas entre Élisabeth y el doctor Nelson, en *Kamouraska* de Anne Hébert, sacaba un 4.

LA GRAN SALTAMONTES

No tenía ganas de trabajar como un tonto.

Además de mis sesiones de lectura con personas a las que no quería abandonar, tendría que escuchar las cintas del jugador de hockey y tomar notas. Aún buscaba la mejor manera de plasmar por escrito su contenido.

Una mañana, al salir de la Torre del Faubourg, vi una vieja camioneta Volkswagen. Un pequeño camión azul y destartalado, como el que mi hermano Jack me había mencionado.

Crucé la calle para examinarlo.

Estaba estacionado frente a la tienda J. A. Moisan. Al acercarme, vi que una chica estaba al volante. Consultaba una libreta de direcciones o algo por el estilo.

El Volks estaba corroído por el óxido. Varias piezas de chapa nueva habían sido remachadas en la parte inferior de la carrocería. Mientras anotaba estos detalles, la puerta corrediza se abrió y aparecieron dos piernas interminables y extremadamente delgadas.

La chica bajó a la acera.

— A pesar de su edad, todavía está sólido —dijo, como si hablara de alguien.

Plantada frente a mí, con los puños en las caderas, rostro huesudo, tez morena, ojos negros y ligeramente rasgados, llevaba un short muy corto que acentuaba la longitud de sus piernas. Sin duda, era la mestiza que mi hermano había recogido en autoestop y con quien había cruzado América siguiendo la famosa Ruta de Oregón.

No podía evitar mirar sus piernas.

— Me llaman la Gran Saltamontes. Es por lo que estás examinando.

— Lo sé —dije. Perdón.

— En lengua montañesa, mi nombre es Pitsémine.

— Pensé que los montañeses ahora se llamaban Innus...

— Sí, pero prefiero decir «montañés».

Sonreía inclinando la cabeza hacia un lado, y vi que tenía una larga trenza negra que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

— Yo soy Francis —dije, después de aclararme la garganta.

— ¿Ah, sí? Entonces, eres el hermano menor de Jack.

— Exacto.

— ¿Vives en el Faubourg?

— En la torre que está justo enfrente. Jack vive arriba y yo abajo.

— Entonces no me equivoqué de dirección —concluyó, cerrando la libreta que aún sostenía.

Me observó con calma de pies a cabeza, luego se detuvo un largo rato en mi rostro; sin duda buscaba un parecido. Me sentía incómodo. Los transeúntes se detenían a mirarnos.

— ¿Quieres entrar y sentarte un momento?

— Con gusto —dije.

— ¿Podemos tutearnos?

— Claro.

Subí al Volks. Ella entró detrás de mí y no cerró del todo la puerta corrediza: quizá para no aumentar mi timidez, o simplemente por ventilación. Indicándome que me sentara en el banco, se instaló en un taburete frente a mí. Sus rodillas casi tocaban las mías. Debido a sus muslos delgados y su short demasiado corto, concentré mi atención en los objetos que nos rodeaban.

Integrados a un mostrador de cocina, había del lado izquierdo una estufa de camping de dos fuegos, un fregadero de zinc con grifo y una mesa que podía desmontarse. La Gran Saltamontes seguía mi mirada.

— Detrás de mí —dijo— está la nevera. Funciona con electricidad y gas. Incluso podemos conformarnos con poner un bloque de hielo. Y, aunque no lo ves, tengo un gato. Un viejo gato negro. Duerme en la guantera.

— Hay cortinas en todas las ventanas. Te sientes como en una casa.

— Es una casa. Una casita sobre ruedas. Por ejemplo, el banco en el que estás sentado puede convertirse en una cama para dos. Es muy cómodo, ¿quieres probarlo?

— Gracias, te creo.

— Cuando el techo está levantado, se puede dormir arriba.

Me pregunté, por un instante, si ella había dormido abajo con mi hermano cuando estaban en la Ruta de Oregón, o si había subido al piso con sus largas piernas.

CAPÍTULOS

1. El escritor fantasma ~ 9 •
2. La orquídea ~ 12 •
3. El gran saltamontes ~ 14 •
4. El pequeño ~ 17 •
5. La caza del búfalo ~ 19 •
6. El viejo Ouellette ~ 24 •
7. El hombre que parecía perro rabioso ~ 27 •
8. Un número cinco ~ 29 •
9. El estilo del portero ~ 35 •
10. La librería y el cementerio ~ 37 •
11. El río Chaudière ~ 41 •
12. El Che Guevara de Saskatchewan ~ 47 •
13. El bar de la Costa de Santa Genoveva ~ 50 •
14. Consejos generales de escritura ~ 55 •
15. Ángeles guardianes ~ 58 •
16. Los perros de Quebec ~ 63 •
17. Un fantasma inquieto ~ 66 •
18. Un momento de descanso con los gatos ~ 68 •
19. Un secuestro ~ 71 •
20. La vigilia de armas ~ 73 •
21. Los dos manuscritos ~ 77 •
22. La movención del Volkswagen ~ 83 •
23. Un sucio en el ojo ~ 87 •